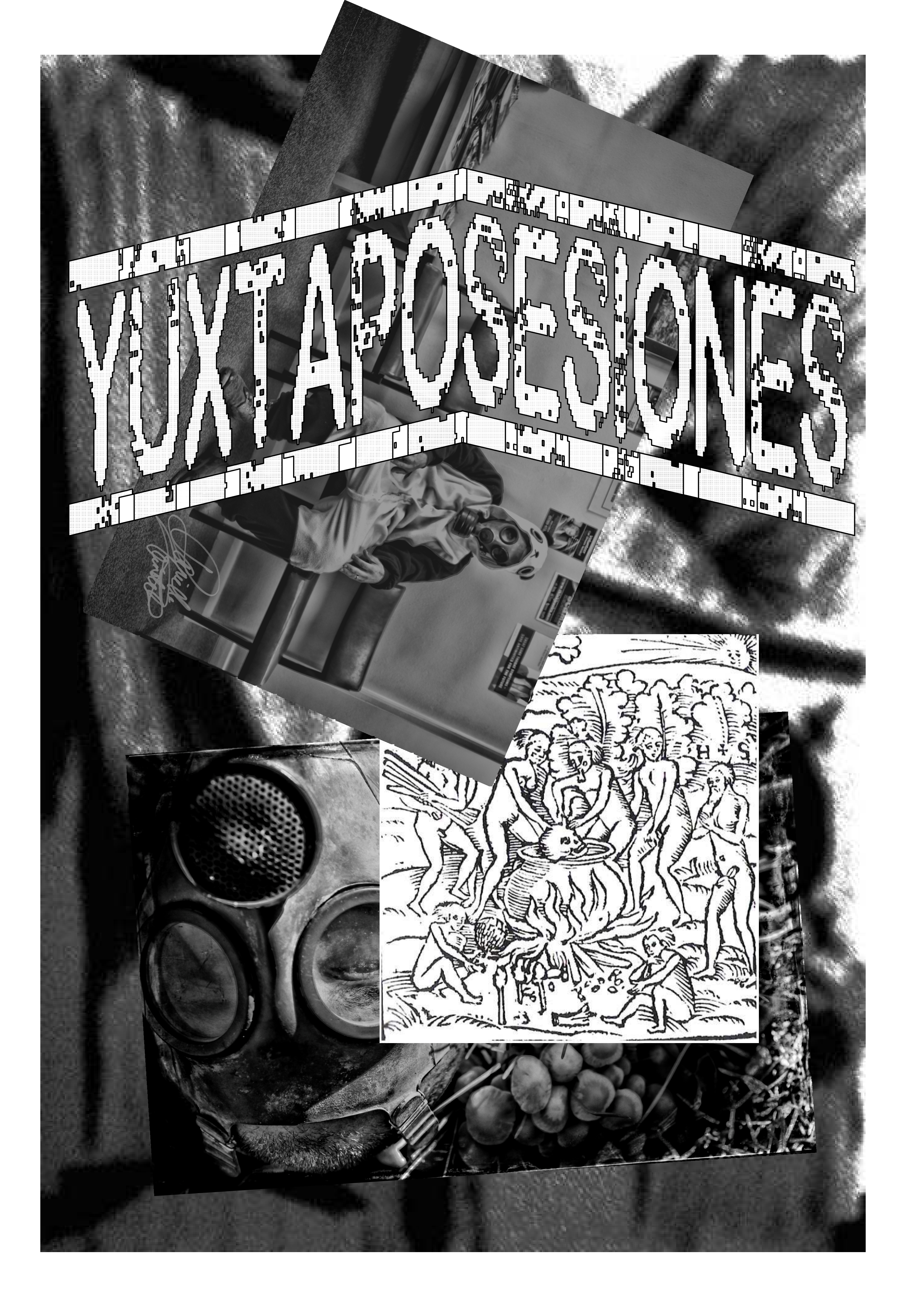

YUXTAPOSESIONES

*Una joven vio el resplandor de un anillo*
*en la cima de la montaña*
*le preguntó a su amado*
*si no se lo bajaría de allí para ella*

*Ella lo ama y a él le gusta*
*así fue y así siempre será*
*Ella lo quiere y esta es la tradición*
*sacrificarse por aquello que dicta el amor*

*Cumbres brumosas deben ser despejadas*
*para que llegue la luz del sol*
*Anillo de oro*
*un anillo de oro*
*la bruma no te descubre aún*

*El subió a la montaña en la tormenta*
*sin importarle la amenaza del cielo*
*sólo el resplandor del anillo lo mueve*
*a satisfacer a su amor*

*Ella lo ama y así está bien*
*así fue y así siempre será*
*Ella lo quiere y esta es la tradición*
*(Canción popular)*

# 1

Selene. Nacida en las afueras del poblado de Xilos (una zona conocida por los naturales de la región como "el ejido"), a principios de los años sesenta. Aún no era consciente de cuán ancho y grande es el mundo cuando, sin mediar palabras, su madre Ummo le ordenó vestirse con un trajecito nuevo que le acababa de comprar. El color: negro.

Selene no había recibido jamás regalito tan impecable, y con la inocencia aún impresa en sus ojitos mongoloides, acató las órdenes de su madre con una sonrisa en los labios. ¡Pobre de ella! En cuanto su madre vio la sonrisa, la interpretó como un gesto vil y desubicado y un manotazo fuerte como un cintazo de cuero le trastornó la sonrisa al instante y un borbotón de sangre brotó de inmediato, seguido por un ataque de tos que nadie procuró calmar. Muy por el contrario, la madre, preocupada por ese acceso sanguinolento, se apresuró a cubrir la ropa que acababa de traerle a su hijita.

Con un grito la injurió, guacha de mierda, te voy a dar a vos, riéndote de todo, y tras la amenaza sobrevino la orden de mudarse las ropas. A empujones, la llevó hasta el patio y frente al pozo de agua le ordenó limpiarse. Como pudo, la niña se limpió. Apenas consciente del ligero entumecimiento y más que confundida por el golpe, se limitó a hacer

un huequito entre sus manitas y enjuagarse la carita cubierta de su propia sangre.

En ese entonces, tenía seis años.

Pero el color de su sangre no le era una novedad.

No recordaba la primera vez que vio su sangre, pero sí recordaba un puñetazo que su padre, Don Alcides, le dejó escapar una vez en medio del rostro porque se negaba a tomar la leche.

Le disgustaba sobremanera aquel sabor salubre y espeso y no comprendía que la ingesta del alimento era por su bien.

Don Alcides, un hombre de pocas palabras y escasos métodos, duro como una pared y fuerte como un toro, no tuvo medios para explicárselo. Cedió, en cambio, a su brutalidad campesina y dejó caer su furia sobre el rostro de la niña de cuatro años.

La niña hacía berrinches, pero Don Alcídes jamás encontró criatura en el campo que no pudiese doblegar. Menos lo haría una criaturita salida del vientre de su mujer no se sabe por qué misterios o hechizo. El berrinche fue seguido por un llanto de dolor y mocos color escarlata. Don Alcídes se levantó de la mesa, increpó a su mujer y se dispuso a seguir su tarea en el campo. El estómago se le había cerrado por la furia que le despertó el comportamiento de la niñita. Con grato gusto la agarraría de los pies y la tiraría al piso, le daría patadas continuas hasta extinguir el llanto.

Pero Don Alcídes sabía que era en vano. Su mujer, por un extraño y ciego instinto, se arrastraría y acabaría protegiendo a la criatura.

Claro, ahora que él estaba en la mesa y la sangre afloraba sobre el roído mantel de la cocina, ella miraba fijamente su plato, en silencio y sumisión. Pero sabía perfectamente que en cuanto abandonara la habitación y volviese a sus tareas en el campo, su mujer limpiaría a la niña e intentaría calmarla. No había nada de malo en ello. Después de todo, era su madre.

Obligaciones de la madre son: inculcar respeto y obediencia al padre por sobre todas las cosas, procurar el alimento y la higiene en el hogar, vestir y enseñar las buenas costumbres a los hijos.

Selene, con el rostro ya limpio se probó el trajecito nuevo que su madre le había traído. No parecía heredad de ningún vecino o pariente. Tenía el aspecto impecable de lo novedoso. Se acomodó frente al espejo. Le quedaba bien holgado.

Se reunió con su madre en la cocina y con sus cinco hermanos pequeños. Todos en silencio y con la mirada gacha, excepto el más pequeño, tan sólo emitiendo un débil sollozo con la boca cerrada. En brazos de su hermano mayor, pero a sabiendas de que era la primogénita quien debía hacerse cargo del niño en ausencia de la madre. Tomó al pequeño entre sus brazos, le limpió la baba que chorreaba y los mocos que se le juntaban por encima del labio.

Alguien lo había vestido también de negro. De seguro su madre.

Los seis hermanos escucharon la voz surgir desde el fondo del pasillo. El pasillo daba al comedor y luego directamente a la calle. Se oía el desfilar de pasos hacia el interior del hogar. Y la voz, la voz era la de la madre.

Obedecieron de manera atropellada pero tranquila, sin orden pero en calma, como una tropilla sedada por alguna droga violenta y controversial.

La primera en atravesar el pasillo fue Selene. No comprendió aquella reunión que se estaba llevando a cabo en su casa ni porqué todos observaban a su padre, el duro y fuerte Don Alcídes, durmiendo en el interior de un cofre de madera color marrón.

Es al abandono a quien he de invocar para continuar con esta historia. La dejadez que se desprende de estas sumas experiencias es crucial para entender el entumecimiento ante la tragedia, el progresivo avance de la apatía y la terrible incapacidad emocional que ha de gestarse entre los personajes que suscitan nuestro momentáneo interés.

Así es, así es… Momentáneo. Tal como la vida es un llegar y cruzar inmediatamente al otro lado, así es como nuestro interés ha de fijarse en las ruines experiencias que acontecen a nuestra protagonista.

Avancemos, entonces, de una buena vez.

No nos detengamos a llorar. El llanto es equipaje innecesario para andar.

A lo largo de toda la noche había sonado el mismo disco uno y otra vez y los vecinos pronto empezaron a perder la calma. Más de uno tenía que levantarse temprano para ir a trabajar pero debido al alto volumen que salía de la vieja casa de Don Alcídes no podían conciliar el sueño y una teta les crecía en el ojo. Algunas aves, en su mayoría gorriones, también vieron afectado su descanso y como protesta volaron en conjunto sobre la casa y se cagaron colectivamente sobre el techo y el patio. Pero la música no se detuvo.

Un ladrón escuchó el ruido del interior, pero estaba dado vuelta de merca y rompió una ventana. Agarró lo que estaba más a mano, un secador de pelo, seguro le darían algo por él en lo del Pelusa.

Un séquito de ratas desalojadas por una inundación vio el cristal roto y sin pensarlo una vez (curiosidades del reino animal) treparon la pared y se refugiaron en la casa. No se escuchó ningún grito por parte de los habitantes, pero la música no se detuvo.

Una vez llegada la mañana uno de los vecinos decidió tomar la iniciativa y se reunió con otros. Consiguieron armas y gritaron en la puerta de Don Alcídes. Nadie respondió, sólo la música. Varios pezones oculares se erigieron en señal de enojo.

Golpearon la puerta cada vez con más fuerza, hasta que la propia inercia la tiró abajo.

Gritaron una vez más el nombre de los residentes y al no recibir respuesta, ahora preocupados, pernoctaron en el interior de las habitaciones. No tuvieron que caminar mucho, estaban todos en la habitación contigua.

El living era una sala espaciosa donde un fuego moría después de una noche frente a la estufa. Unos sillones y una mesa ratona en el centro culminaban la escenografía. El más viejo habitante de la casa, el rey del hogar, estaba tirado en el suelo de manera desordenada, charcos de sangre los rodeaban.

A su alrededor, la cabeza cercenada de su esposa y los cuerpos caídos de cinco niños con la cara al suelo. Alguien apagó la música, otro llamó de inmediato a la policía. Pero ninguno de los presentes vio a la pequeña niña que esclarecería todo el asunto, pegada en el borde de la mesita con cinta aisladora.

Selene tenía amnesia. Su deterioro mental le producía lagunas mentales y arranques violentos. Los médicos dijeron que sufría una especie de esquizofrenia. Le recetaron más medicamentos hasta que estuvo completamente dopada y finalmente su cerebro murió. De este modo, bajo la apariencia de enfermedad, el demonio que la poseía pasó desapercibido.

# 2

Asat.

Sánscrito, escuché. Una voz en mi cabeza.

La no-seidad. La no existencia.

Ausencia de cualidad y actividad.

Se reconocen cuatro tipos: anterior, la potencialidad de la existencia; posterior, ya no más la existencia; mutuamente exclusiva, es decir, definitiva, lo que hace que “esto sea un anillo” e implica que “esto no sea una mujer”. Y, finalmente, absoluta, anti nominal, como la calidez de un reptil.

La montaña es inmensa. Crece hasta perderse en los cielos, se cubre entre las nubes, asciende. Es un muro de roca sólida inabarcable tosca y fría. Se confunde en las nubes. Se pierde.

-Parece extensión del firmamento.

Lo dice pero en otras palabras.

La observo y me parece hermosa.

Un pimpollo florecido.

Me cierro los ojos con dos dedos, es el paso uno.

Extiendo mi mano y ya está encerrada.

Es un anillo.

La coloco con las otras. Una bolsa de tela fina extraterrenal las reúne. El lienzo con el que las ato, Zeta Retículi creo. Mantiene las propiedades del oro.

Ahora desciendo.

Junto anillos. Soy un juntanillos. Debo llevar siglos haciéndolo. Es complicado. Conocer una mujer de ciertos atractivos, ciertas características. Ser amable y mantener la sangre fría. Muchas veces, incluso, invito yo antes de emprender el viaje. Mis monedas de oro siempre son recibidas con asombro.

Las escucho. He escuchado tantas a lo largo del tiempo. Soy un buen oyente. El secreto es no oír nada. Sonreír si es necesario.

Hasta que sus ojos se posan en mis hipnóticos.

Entonces nos retiramos.

Siempre debe ser a mitad de camino entre la cima y la base de la montaña.

¿Por qué en ese lugar?

En todos estos años, nunca pregunté el por qué. Supongo que debería preguntárselo a Cárpora, el Viejo Lagarto.

Aunque jamás he podido decirle una palabra en realidad. Carece de cuerdas vocales. Su condición zoológica es la de un reptil inmenso, alguna especie de dinosaurio escamoso de la que jamás he leído.

Sólo sé lo que me comunicó él. Lo recuerdo como una voz en mi mente.

Entonces, mi cuerpo no lo podía mover. Inmerso en una sustancia gelatinosa escuchaba su voz.

Aquella sustancia me brindaría los nutrientes necesarios para subsistir, me dijo entonces. Y seguidamente un dolor inaudito estalló mi cabeza.

Ignoro cuanto tiempo soporté aquel dolor.

Finalmente comenzaron a responder mis músculos. Y poco a poco, me fui abriendo camino entre la sustancia gelatinosa.

Salí a un pasillo rocoso, repleto de otros envueltos en la sustancia. Dormían o permanecían inmóviles. Sentí temblar el piso. Desde una punta se acercaba la bestia que me hablaba en mi parálisis. Cárpora, el Viejo Lagarto.

Eché a correr. Sus enormes fauces abiertas descendían en mi dirección, sus abominables mandíbulas presidían un insondable abismo para mi tamaño.

Oía sus monstruosas pisadas en la superficie y una vez más, frases que no eran las mías entre mis pensamientos.

Y me decía que yo era una ser muy especial para él, que ya no me haría daño.

Había sido una prueba. Así separaba a los más aptos.

Me dijo entonces cuál sería mi tarea, qué quería de mi.

Anillos de oro hechos de mujer.

Me enseñó la fórmula, los pases mágicos para llevar a cabo tal empresa. Y me dijo que necesitaba tres cada siete rotaciones del planeta sobre su eje.

Observándolo desde mi grieta, me había abandonado la voluntad.

Cárpora, monstruosa efigie, me la había extirpado. Se la ocultó, como un chispazo, detrás de las inmundas pupilas de reptil. Lanzó un rugido abominable, un chillido abismal, y en mi cabeza quedó el silencio.

No soy más que mi pensamiento presente. Territorios separados y distantes me arrastran a esta conclusión: existe un pensamiento, pero ningún pensador.

Si todo existe, no puede decirse que haya una persona, lugar o tiempo que existan como una característica objetiva de la realidad. Todo cuando es, solamente es posible a través de una percepción.

La estructura más sencilla del universo conforma una unidad en que todo existe, conjuntos infinitos de universos.

Una vez que una estrella ha convertido todos sus átomos en el hierro, es el combustible. Y en ese momento, la estrella colapsa todo, y en ese colapso, la estrella alcanza temperaturas de la estratosfera y golpea y vuelve sus entrañas en pedazos. La explosión es tan poderosa y cataclísmico que se puede ver a través del universo. Sólo en una supernova es posible la creación de átomos con 30 protones, 40 protones, 50 protones o incluso 60 protones. La naturaleza prefiere los números pares de la estabilidad, pero de vez en cuando, la estrella se forja un átomo de número impar, una verdadera rareza: el oro. El oro es un átomo de raro, impar con

79 protones. Por cada átomo de oro individual en el universo, hay 1 millón de átomos de hierro.

De esta manera, cada átomo de oro en un anillo de bodas se forjó en una estrella que colapsa, y después viajó a través del universo para llegar a cualquier dedo.

Hoy se sabe que el oro es el más perfecto de los metales. Para los alquimistas representaba antiguamente la perfección de toda la materia en cualquier nivel, incluyendo el de la mente, el espíritu, y el alma.

Contraria a nuestra idolatría cultural actual por el oro, la babilónica era proyectada a través de símbolos – por eso era una religión esotérica al igual, aunque en otra forma, utilizada en los rituales de Eleusis en Grecia. El becerro de oro, por ejemplo, era un símbolo de Tammuz, hijo del dios-Solar. Como se consideraba que Nimrod era el dios-Solar o Baal, el fuego era considerado como su representante en la tierra

El antiguo alquimista chino Wei Po-yang escribió textualmente "La píldora de la inmortalidad" a partir de Huan Tan un polvo aceitoso comestible derivado del oro.

Después de una ingestion de Huan Tan "la contextura rejuvenece, el cabello recupera su oscuridad, y se renueva la dentadura perdida.”

Hoy en dia este polvo se comercializa y en su descripción diaria se habla de su efectividad en los siguientes casos: rejuvenece el cuerpo al alcanzar unos niveles energéticos superiores; revela y

amplifica las capacidades psíquicas; le da mayor acceso a sentimientos intensos de felicidad y armonía; disuelve y barre sus resistencias emocionales.

No soy más que mi pensamiento presente. Territorios separados y distantes me arrastran a esta conclusión: existe un pensamiento, pero ningún pensador. Hasta que, instantes después, dolor.

Intensas punzadas como inducidas por un mecanismo de tortura medieval, crudo y doloroso. Tenía que correr.

Cárpora, rugiente encima de mí. En el suelo de mi refugio, otra grieta. Me dejé caer hacia el otro lado.

Aterricé dolorosamente en otra cámara cavernosa, más pequeña. Un recinto.

Todo lo que necesitaba para mi trabajo estaba allí.

También la voz de Cárpora.

Seguí sus instrucciones, cerré los ojos y aparecí en las afueras de un pueblo de montaña del cual ya no recuerdo el nombre.

Hacía frío, mucho frío, eso sí lo recuerdo. Y andaba desorientado. Y desnudo.

Los dolores me habían abandonado, el intenso frío era el único flagelo. Me acurruqué, rendido, contra la vidriera de algún comercio. Alguien salió a gritarme. Me desmayé.

El calor (humano), o tal vez su ausencia, me condujeron a un hospital.

La fortuna me acompañó, me recuperé del frío. Le agradé a una enfermera de la que sólo recuerdo su rostro al sonreír con delicadeza. De esas que hacen hoyuelos en las comisuras.

Ella fue el primer anillo que entregué a Cárpora.

# 3

El reloj marcaba las veinte treinta. La hora ideal para cenar. Sirio estaba exhausto, pensaba que lo mejor sería ir a la cama pronto.

En la cocina, Selene abría el horno con un rico manjar al fin. Sirio sonrió y casi se le saltaron las lágrimas, no recordaba la última vez que había compartido aquello. Cuando dejó a Selene eran apenas unos niños. El reencuentro era especial, pero el estómago rugiente de Sirio pensó que era un alivio dejar por fin las barras proteínicas y las cápsulas vitamínicas de los últimos quince años. Él le contagió su sonrisa a su amiga, mientras pensaba que, con algo de suerte quizás esta noche también podría perder su virginidad.

Selene estaba divorciada, tenía una hija adolescente problemática. Por tener que trabajar y no estar ahí para evitar que su niña se pinche los brazos

o se queme cigarrillos a sí misma, el juez le dio la tenencia a su esposo. Para festejar, el ex marido apareció en su casa y le dio una golpiza que le fracturó el tabique. Sirio mira la nariz de Selene y no le desagrada en absoluto, pero no reprime su ira contra el golpeador. Le pregunta a Selene si no hizo la denuncia, y ella le dice que no, que seguramente se lo tenía merecido. Después de todo era una pésima madre.

Y comienza a llorar.

Sirio la consuela dándole un abrazo y Selene se calma. Él aprovecha para sentir la tibieza del cuerpo femenino, sus pechos enormes y fláccidos sobre su pecho esculpido por nutricionistas espaciales, cierra las ojos y por un momento piensa en lo mucho que le hubiese gustado llevarse a Selene con él. Pero eso hubiese sido imposible.

Su misión había sido exploratoria, y, para tal fin, sólo seleccionaron un “espécimen” (como los llamaban) para pruebas de vulnerabilidad. El entrenamiento no fue sólo extenuante a nivel físico, sino también doloroso: sondas, descargas de radiación, implantes subcutáneos. Todo ello para prepararlo para la vida en el espacio, el desembarque y un breve recorrido para dejar huella de Domus (la empresa que administraba el viaje), tomar muestras geológicas y establecer un puesto de observación. Nada sabía sobre el complejo mundo de las relaciones humanas, más que por películas y series que miraban en la nave. Tuvo tiempo para ver unas

cuantas veces todas las temporadas de una sitcom norteamericana, pero no retuvo una línea de diálogo ni broma. Una de las actrices, de la que jamás se preocupó en conocer su nombre, le recordaba a Selene, a la imagen de la joven que idealizaba en su memoria. Todos aquellos años.

Y ahora, al fin, delante de ella sin saber cómo comportarse.

No te preocupes por mí, le dijo ella, y llevó el plato principal a la mesa. Sirio la siguió, y esperó a que ella estuviese sentada para acomodarse. No obstante, no pudo resistirse a la comida que tenia frente a sí por lo que engulló una buena porción en cuanto tuvo su plato.

-¡Muy rico!

Selene se lo agradeció sin ocultar una sonrisa.

Sirio conoció a Selene prácticamente forzado. Forzada su propia naturaleza no explicada. Él leía mucho. Inclusive en el kiosco donde trabajaba. De haber sido Quijano podría haber enloquecido. Afortunadamente, el tiempo estaba plagado de Quijanos que se habían vuelto locos antes de nacer. La locura mella en la debilidad, la debilidad se desagrada a sí misma, entonces enloquece, para no reconocerse a sí misma, para imaginarse fuerte como la corteza de un roble. Pero basta acercarse un poco al objetivo para descubrir sus fragmentos y dejar en evidencia que se trata de un espinillo.

Claro que, por ese entonces, Sirio aún no lo sabía.

Leía una breve antología de Verlaine sobrevaluada en el mercado del libro. Aún así, era lo máximo que se podía permitir en ese gasto. En un primer momento, la rítmica le desagradó. La lectura en silencio no le satisfizo. Debió emplear su voz para formar las ideas que se le escapaban en el pasaje de un verso al siguiente.

*Recuerdo, recuerdo, ¿qué quieres de mí?*
*El otoño*
*hacía volar el tordo a través del aire átono(…)*

Era de esperarse. Palabras rebuscadas es como chocar con la maleza. Un diccionario es un buen machete. Pero los únicos textos impresos que tenía a su alrededor, además del libro de poesía, era una cantidad de periódicos del pueblo.

Aquello que no comprendía reclamaba una mayor concentración. Volvía a leer frunciendo el entrecejo. Alguien entraba en el local y se intercambiaban saludos. Sirio no podía quitar la marca en su frente, pero tampoco la notaba. Es más que previsible el enojo cuando uno es interrumpido en algo importante.

Era Simoni, el profesor de inglés, quien lo veía leyendo e intentaba tener una conversación amena con Sirio, Simoni era amigo del dueño; era Camejo, oficial de policía y boxeador amateur, quien narraba sus victorias con ingenuidad sin saber la poca

trascendencia que significan las victorias para el infierno que son los otros; era Aguirre, quien tenía dos años meno s que él y la dureza de carácter ya impresa por el martirio de la albañilería era carta suficiente para justificar su soberbia. Con él, al menos, se podían hacer favores. Se juntaban a embriagarse y a contarse la misma historia frente a una pantalla de cristal líquido:

-Fui a una discoteca sólo una vez. Me emborraché como nunca antes lo había hecho en casa. Conocí una chica. La puse. La dejé embarazada. Tuve que casarme con ella. Abandoné los estudios y comencé a trabajar como empleado en una licorería. Comencé a beber con frecuencia. Me volví alcohólico. Perdí mi trabajo porque iba borracho todos los días. Comencé a golpear a mi esposa embarazada, quien ya esperaba su segundo hijo. Si era varón se llamaría David, si era mujer, Miranda. Nunca supe cuál de los dos fue utilizado. Mi mujer me abandonó luego de que casi la asfixio con mis propias manos. Afortunadamente ella tenía un arma y me pegó un tiro en medio de la cara. Desparramó piel y sangre por todo el asqueroso cenicero que llamamos hogar alguna vez. Sobreviví. Nunca más volví a ver a mi esposa, pero si la volviese a encontrar seguramente le arrancaría los ojos con un tenedor y se los empujaría con fuerza con la boca hasta que se los trague y le quebraría todos sus dientes si fuese necesario. Ahora, además de alcohólico soy un misógino. Levanto prostitutas y las mato con un cuchillo. Soy Jack XXI.

Un completo idiota que nunca supo manejar su vida. Un inadaptado. Un manifiesto dentro de la sociedad. Olvido todo esto por un segundo cuando ingiero clonazepam con mi dosis de alcohol diaria. La vida es una laguna negra donde se refugian los cadáveres de cada uno. Negra. Negra.

Sirio robaba un atado de cigarrillos y se lo intercambiaba por marihuana. En realidad, no lo robaba. A fin de mes le sería descontado. El tabaquismo no era un problema para Gervas, el dueño del kiosco. Cuando llegaba de mañana, antes del cierre de mediodía, sabía llevarse dos atados. Al atardecer, en su segunda ronda, llevaba dos más. Sin embargo, Sirio nunca lo había visto fumar y él tenía prohibido fumar en el interior del local.

Se tomaba recreos para salir a barrer la vereda y disfrutar el veneno. Pasadas las diez de la mañana la clientela era escasa.

En frente estaba, con manchas de humedad y gris, el edificio de Nuevo Mundo, la radio y canal de televisión donde confluían todos los intereses comunes, el zeitgeist por decirlo de algún modo. Al lado, un local más pequeño, una zapatería, la Última Onda se llamaba y un poco antes de llegar a la esquina un lujoso restaurante de nombre francés Le plaisir de l'ange.

Entre pitada y pitada observaba la vereda de enfrente, plagada de transeúntes que se dirigían en ambas direcciones, como dos corrientes diferentes encontrándose en el agua, sólo que sin crear remolinos, tan sólo tumulto y ruido, tumulto y ruido,

tumulto y ruido. No pensaba en nada, no había nada en qué enfocar. Tantas partes le faltaban para saberse completo. Miraba la vereda de enfrente, eso sí, escrutaba en busca de algo que no se vendía en ningún negocio.

Para Selene, la existencia era un misterio innecesario de plantear, un rompecabezas dentro de una caja, aún envuelto en el celofán de aquel cumpleaños de quince sin más invitados que sus hermanos y padres. Las piezas dispersas una vez en el suelo, observadas a través de ojos saltones color miel, obsediendo un mundo rígido y establecido sin tiempo para más dispersión que el interés por las revistas de moda y farándula. La caja tenía estampado el rostro de Maria da Graça Xuxa Meneghel, animadora infantil devenida en conductora de moda.

Los trozos de rompecabezas tenían colores que iban desde el dorado al rosáceo y al azul, pero de ningún modo parecían guardar relación con la imagen anhelada. En la lentitud de la tarde, fue guardando las piezas con cuidado, una encima de la otra hasta alcanzar el borde la caja, armando pequeñas pilas de la imagen fragmentada. A la luz del televisor. En el living o en su habitación. Detalle menor. El resultado, el mismo. Acomodó la caja en el interior del placard, la imagen de la estrella de televisión al frente, como un póster de cartón sin necesidad de adherirse a una superficie. Detrás, la ropa que usó de niña y que ya no volvería a usar (y, la cual, tiempo después, su madre acabaría por tirar

a la basura bajo la blanca mentira de “obsequio para los que no tienen”) y, al lado, la pila de camisetas y remeras pulcramente dobladas de colores que iban desde el rosado al amarillo. Colores alegres, vivos, sí, ella era una mujer alegre y llena de vida.

Sirio había tenido ese sueño raro la noche anterior… De nuevo… Se venía repitiendo hacía ya una semana.

Se rascó la cabeza.

A lo mejor su imaginación se había agotado.

Frunció el ceño, preocupado.

No había oído nunca sobre casos de cese de imaginación. Pero podía ser, ¿por qué no?

Después de todo, ¿qué sabía él de cualquier tema?

En el sueño se dedicaba al mantenimiento de redes, cinco o seis horas diarias de trabajo, fines de semana libres… ¿Qué importaba si los sueños se venían repitiendo?

La familia estaba bien, sentía que los quería y sentía que lo querían a él. No, no era eso. Eso estaba bien.

Sirio sacudió la cabeza, enredado en sus pensamientos. Era un día caluroso, pesado.

Atravesaba el acceso a la zona suburbana. Detuvo el auto a un costado de la ruta, como hicieron todos.

Arriba, en el cielo, una circunferencia giratoria, como un huevo, descendía.

A toda velocidad.

Sirio tardó menos de un segundo en calcular que el daño del impacto sería catastrófico. De seguro que moriría al igual que todos los que le rodeaban, envueltos en llamas abrasivas y ondas expansivas.

Apenas logró maldecir, estaba seguro que había desperdiciado una premonición.

Sirio poco y nada entendía de esas cuestiones. Dio la última pitada al cigarrillo y tomó la escoba. Las cerdas duras y sintéticas resoplaban quejosas sobre la acera. En la zapatería, Selene observaba en la vidriera unas botas de cuero color rojo, imaginándose con ellas puestas, pero sabiendo que su madre Ummo jamás le hubiese permitido comprar algo así.

## 4

Han pasado muchísimos años. En realidad, no lo sé. Mi percepción del tiempo es errónea. Algunas veces sufro desvanecimientos, períodos de tiempo en los que actúo y no recuerdo nada. Secuelas de la exposición al cianuro, fundamental para la obtención del oro.

Es un trabajo duro recobrar las energías necesarias. En ciertos períodos suelo hibernar, Cárpora me lo ordena.

Está bien.

Alguien más cubre su ración de anillos durante ese tiempo. Necesita tres cada siete rotaciones del planeta sobre su eje.

Obviamente, tiene un ejército de criaturas como yo.

En todos estos siglos me he limitado a vivir en los miles de pueblos que rodean La Cordillera.

¿Por qué?

Sencillo.

En primer lugar, porque algo muy dentro mío siempre me ha impedido alejarme de esa zona. Una especie de instinto, nacido en el miedo tal vez. Cárpora.

En segundo lugar, porque el encantamiento que debo llevar a cabo sólo puede realizarse en contacto con las energías de la montaña.

Así me enseñó Cárpora.

De las muchas ideas que me enseñó, recuerdo una que toma el Budismo, un tema recurrente, el concepto de "Anatta". Traducido como "sin alma", prefigura la idea de que el ser no existe y, comprender esto, es crucial para alcanzar la iluminación.

Aunque, si no hay un ser, ¿qué es aquello que llega a ser iluminado?

Ahora el cielo es púrpura y azul, y la llovizna es fina, y escucho Bartok mientras el anochecer desciende.

Siento un impulso por salir. Pero como un impulso externo. Como si hubiera alguien más manejando mis decisiones.

Sin embargo, en todos estos años, he aprendido a calmar el impulso.

Busco en mi maleta, esparzo los anillos de la semana sobre el colchón.

El conjunto de los cinco irradia un resplandor que me obliga a distanciarlos. Es como mirar directamente al sol.

Sólo necesito guardar tres, por ahora.

Tomo los otros cuatro restantes y me coloco dos en cada mano.

Inmediatamente, el impulso de salir a la calle se silencia. No es necesario salir de cacería, no. Me recuesto sobre la cama, con los anillos puestos. Me siento en calma. Inclino mi cabeza hacia atrás. Creo que voy a quedarme dormido.

Me quito los anillos y los dejo a un lado.

Ahora brillan un poco menos.

Sería terrible si me quedase dormido con ellos puestos.

La propiedad de los anillos es que actúan directamente sobre la función de onda psíquica. Simultáneamente, voy sintiendo como se abre paso en mi mente, entre mis pensamientos. Sin ser ningún pensamiento en absoluto.

Extraños mensajes anotaba entonces, que no recordaba, y en algunos casos, me costaba descifrar.

Mientras tanto, mis oídos escuchan las historias que los anillos cuentan.

Las escucharía hasta que quedasen en silencio, porque, eventualmente, lo harían.

Y una sonrisa se asoma en mi rostro.

Pocos días después, su luminosidad característica los abandona.

Se vuelven opacos, finalmente marrones. Entonces ya no se sienten esas voces que cosquillean agradablemente la corteza cerebral.

Ya no se siente nada.

Es como flotar en el vacío. Un vacío oscuro, donde no ocurre nada.

Otros seres lo habitan.

Los vi.

No se parecen en nada a mí.

Ninguna visión me despierta tanto terror como la aparición de estas criaturas. Su imagen impresa en mi mente me ha dado pesadillas de las que despierto gritando.

Extremidades aracnoides, cubiertas de púas supurando una pestilencia gangrenosa, sosteniendo una masa viscosa cubierta de arrugas, de la cual se sacuden inmundos tentáculos con ventosas insondables recubiertas de innumerables dientes.

Las he visto correr en mi dirección con una velocidad abominable. He visto incluso que llevan una inmensa espada atravesando sus cuerpos de

modo vertical. Ignoro por completo el significado de ello y supongo que nunca lo sabré.

Me quito los anillos, ya opacos, y los lanzo al otro extremo de la habitación, estremecido.

Las propiedades de los anillos obtenidos se corresponden a las virtudes y atributos que la energía posee durante su avatar humano.

Cuanto mayor la energía, mayor la duración de los anillos.

Por cierto, esto es algo que aprendí con la experiencia. Nadie me lo dijo. Ni siquiera Cárpora.

Es que al principio me limitaba a las mujeres vulnerables. Casi en el ocaso de su juventud, deseosas de conocer a un hombre que les ofrezca contención absoluta o momentánea, a veces, el consuelo.

Algunas se enamoraban realmente. Nubia, por ejemplo, se había muerto su madre y no tenía a nadie. A veces pienso en la tranquilidad de su entrega en la montaña, con los brazos abiertos y los ojos cerrados, al ritmo del chasquido de mis dedos, mientras formaba un círculo de polvo y cianuro a su alrededor.

Resultó un anillo delgado con apenas una cobertura de oro.

Nunca se lo entregué a Cárpora. Y aún no lo he utilizado.

Lo guardo para una emergencia, supongo.

Antes del siglo XVI el oro era extremadamente raro en Europa. Antes de 1493 se calcula que

circulaban por Europa 90 toneladas de Oro y una cuarta parte estaba escondida o perdida. Entre 1493 y 1600, llegaron de América 754 Tm. de oro y 22.000 de plata.

Actualmente cerca de tres cuartas partes de la producción mundial del oro se consumen en joyería. Sus aplicaciones industriales, especialmente en electrónica, consumen 10-15%. El remanente está dividido entre los empleos médicos y dentales, acuñación y reservas para el gobierno y particulares. Las monedas y demás objetos decorativos de oro son en realidad aleaciones porque el metal es muy blando (2.5-3 en la escala de Mohs) para ser útil con un manejo frecuente.

El oro radiactivo se utiliza en radiaciones medicinales, en diagnóstico y en algunas aplicaciones industriales como trazador. También se usa como trazador en el estudio del movimiento de sedimentos sobre el fondo oceánico y en los alrededores de los puertos. Las propiedades del oro hacia la energía radiante han permitido el desarrollo de reflectores eficientes para calentadores infrarrojos y hornos, así como para retención y enfoque de calor en procesos industriales.

No me resultó difícil llenar mis bolsillos con oro.

El oro fue probablemente el primer metal trabajado por el hombre prehistórico. Objetos decorativos de oro encontrados en Bulgaria datan de 4.000 a. c., por lo que la edad de oro, en realidad, se superpone con la edad de piedra. En el siglo VII a. c., dentistas en Italia utilizan hilo de oro para adjuntar

dientes falsos y rellenos de oro fueron recomendados para cavidades ya en el siglo XVI.

El trabajo del oro en el antiguo Egipto, aparece ya en los bajos relieves de las tumbas de Saqqara, en el año 2400 a.C. En ellos se distingue a los artesanos avivando el fuego, para conseguir una mayor temperatura, con sopletes de arcilla. Solo a partir del 1500 a.C. surgen los grabados en tumbas de Tebas, en las que emplean fuelles de pie para el mismo fin.

Cárpora vino hacia mí una noche, en sueños. Al pie de mi cama vi su inmensa y repugnante cabeza, petrificada, junto a sus inmensos ojos amarillo verdosos. Habló sin abrir sus mandíbulas.

Convertiría las piedras en oro.

Pensé: ¿Cuánto oro tenía el antiguo proceso orfebrería egipcia? El estudio de los jeroglíficos tallados en las paredes del templo de Karnak, en representación de los anales de Tutmosis III, de la 18 ª dinastía, alrededor de 1504-1450 aC, revela que la cantidad de oro extraído durante los tres primeros años de gobierno del faraón ue de 829 kg (1.850 libras). Pero la pregunta principal es: ¿de dónde procedía el oro de los faraones?

¿Dónde estaba colocado el El Dorado egipcio? Los anales de Tutmosis III dicen que alrededor del 90% del oro venía de una zona llamada Wawat, el resto era de oro de aluvión recogido de la arena del río Nilo y sus afluentes, hasta la parte superior de Nubia, en Sudán septentrional de hoy (el oro Kush) y el sur de Egipto (oro Coptos).

Nikola Tesla afirmó que la Tierra es una placa de condensador esférico con la ionosfera como la otra placa. Mediciones recientes han determinado que la diferencia de voltaje entre la Tierra y la ionosfera es 400,000 voltios. Las líneas de fuerza de la carga eléctrica, más los campos que vienen desde el Sol, actúan verticalmente en los laterales de las pirámides equipotenciales magnéticas muestran una gran densidad de campo magnético en la parte superior. La tensión crece campo eléctrico de 100V / m de altura. En la parte superior de la pirámide de Keops hay un voltage de 14.600 voltios. La pirámide de Keops tiene su propia capacidad eléctrica - capacidad de acumular una cierta cantidad de carga eléctrica. Si se atrae mucha carga eléctrica a la pirámide de Keops, el exceso de esta se vierte en la parte superior de la pirámide. De acuerdo a la tradición oral, la parte superior de la pirámide de Keops fue originalmente un piramidón de oro macizo - un excelente conductor.

Cárpora depositó un puñado de piedras y tierra sobre las sábanas. Dibujó el triángulo con una garra inmunda, negra. Me concentré en la frase que decía. Una y otra vez, hasta crear un muro, en mi cabeza.

Extendió otra de sus abominables extremidades sobre el dibujo, comenzó a lacerarse con la misma garra con que había delimitado el triángulo.

Densos manchones escarlata caían en el perímetro. Y, con los ojos bien abiertos, vi al pie de

mi cama las piedras transformarse en rocas de oro sólido.

La alquimia de la sangre, lo llama.

El gran defecto de los miles de años, todos los días acaban siendo similares. Y no hay tragedia que no se parezca a la inmediata anterior.

Sin embargo, lo peor, es que uno se insensibiliza.

Recuerdo mi despertar, por ejemplo, y aquella primerísima vez en que vi a Cárpora, y el terror de aquel entonces.

Ahora solo siento algo parecido si me coloco los anillos.

Cárpora se dedica a la venta de anillos.

Los utiliza, además, para regenerarse y alterar su estructura física. Ha vivido mucho tiempo. Y ha sido muchos seres. Bestias en su mayoría, feroces criaturas inspiradoras de horror y locura.

He contemplado sus cientos de formas.

Ya no le temo.

## 5

Cárpora quería transformar a la pequeña Selene en anillo. Usaba su telepatía para repetir el mensaje. Ummo, la madre de la niña, susceptible a estos poderes, captó de inmediato los propósitos del monstruo. Debía intervenir.

Armada con cuchillos de cocina y un atizador de bronce, Ummo se internó en el bosque que comenzaba detrás de la vieja casa. De allí provenía la voz de Cárpora. Inconscientemente, se aferró a su improvisado armamento para darse coraje. Pero no sentía temor, aquello le recordaba a una vida pasada, donde había sido guerrera.

Había nacido en la tribu nómade Karukinka, de raíces africanas, y que se había dispersado por todo el mundo. Como los gitanos, se dedicaban a la magia y tenían debilidad por el juego. Como los judíos, eran estrictos en su conducta y poseían un Libro Secreto. Pero la característica principal de los Karukinka podría resumirse en sus miembros. Todas del sexo femenino. Cierto es que, cuando mayores, por motivos fisiológicos o por decisión propia, algunas de estas mujeres declinaban su feminidad, no era raro la mastectomía total al cumplir los diecisiete años. Sus códigos de conducta apelaban a una causa muy noble, ser la redención del mundo. Detestaban toda injusticia y viajaban por el mundo cazando criminales de género (femicidas, violadores, o enemigos de los derechos de los animales digamos). Ummo estaba entre las mejores de su grupo y con quince años sabía que la prueba secreta sería inminente. Una prueba que, de aprobarla, le revelaría los conocimientos mágicos de los Karukinka. En ese entonces, sólo había dominado dos, la levitación y la percepción psíquica. El tercero solamente era conocido por los verdaderamente iniciados.

Una noche, en un sueño, la Sombra Arrugada se le apareció. Le dijo que su tiempo había llegado, que era la hora de despertar el poder secreto de su tribu. Pero Ummo sabía que la Sombra Arrugada era peligrosa y comenzó a gritar hasta despertar a todo el campamento. Todas acudieron al toldo de las niñas guerreras, quienes salían deprisa. Una viscosidad creció y creció hasta que desgarró los pliegues de la carpa. Era un carnosidad, rojiza y pegajosa. Finalmente estalló, ensuciando a todos los presentes. Ummo supo entonces que había fracasado en su prueba. Al amanecer, la dejaron en el improvisado campamento. La tribu siguió su marcha sin mirar atrás.

Selene vendría un tiempo después. Ummo encontró albergue con un pastor de nombre Nucay, quien se enamoró tan profundamente de la belleza de la joven que le imploró por acostarse con ella. Pero Ummo se negó y, al día siguiente, encontró a Nucay en lo alto de la colina, bajo la rama retorcida y puntiaguda de un árbol chamuscado. Estaba en silencio y sabía que ya no volverían a hablar. Ummo lo vio y comenzó a llorar, desconsolada. Se sintió culpable, pero más aún se sintió solitaria. Por ese motivo llegó Selene, para evitar que Ummo estuviese sola. Tenía una palabra para explicar aquel milagro, partenogénesis. Era inaceptable pensar que Nucay había cedido a sus bajos instintos durante una guardia baja de Ummo y que, entre la culpa y el arrepentimiento, hubiese optado por el harakiri.

En esta historia, el término harakiri designa un acto ritual que hombres como Nucay llevaban a cabo de un modo paralelo al período de gestación de las mujeres de la tribu. No hay una explicación para la homofonía con el término oriental que remite a la práctica del suicidio voluntario. El acto ritual compartía, además, una actitud solemne, como si, conscientes de los dolores del parto, los hombres quisieran emular la situación de las mujeres.

Pero en el caso de Nucay, no se trató de ningún simulacro ritual. Se sentía extraño pero feliz. Estaba embarazado. Su vientre se hinchó, pero el vientre de todos en la tribu se hinchaba durante el harakiri. Y cuando culminó la etapa de gestación, con no más la luna llena y la intemperie, los cirujanos se llevaron una sorpresa al tener que realizarle una cesárea. Sobre un charco amniótico de sangre, tras la pulcritud de helados bisturíes, Nucay oyó la criatura que habían removido de sus entrañas. Balando. La escuchó mientras la colocaban en el interior de una bolsa de plástico.

Instintivamente se puso en pie y envió a dormir mil años a los cirujanos con sus propios bisturíes. Entre dolores y más fluidos, derrumbado en el piso frío, alcanzó una aguja y algo de hilo. Sofocaba cada puntada con los balidos de la criaturita que acababa de dar a luz.

Apresurado, con el remiendo hecho a las apuradas, Nucay tomó la bolsa con sumo cuidado y huyeron por la puerta trasera. Justo a tiempo. Cazadores expertos disparando escopetas entraron

por cada una de las ventanas un segundo después, con el logotipo de la Técnica del Siglo. Pero ellos ya estaban lejos.

En un paraje de valles finalmente hallaron refugio. Nucay comenzó a trabajar cantando coros en la iglesia pero ocultando aquel milagro de poder dar vida consigo mismo y esa posibilidad de repoblar parte de la naturaleza. Alimentaba en secreto a su milagro, tenía un galponcito en el fondo que daba a una colina. Y luego de alimentarlo lo veia retozar y salir a jugar con otros animales del valle, hermosos, igual a él.

Nucay respiró finalmente la paz. Después de tanto y tantos que murieron en los experimentos incontrolables del amor.

# 6

Cárpora, gigantesca serpiente alada, dragón de la montaña, primero atemoriza su forma real y la posibilidad de un ataque mortífero. Aún encerrado en un inmenso y grotesco fanal de vidrio, sería impresionante. Su forma espeluznante estremece desde los lugares más remotos de nuestras fantasías, adopta el sueño, atizan mis miedos, sublima este mito.

Cárpora, dragón primordial, señor absoluto del caos antes de la creación, confisca las aguas y guárdalas en la cavidad de la montaña o en tu

colosal barriga. Posee los materiales necesarios para construir el universo.

Cárpora, de pie frente a él. En la penumbra, no es tan horrendo.

Le lanzo los anillos. Los atrapa en el aire.

Se acoplan de inmediato a sus garras.

Clava sus ojos en mí, sus pupilas comienzan a agruparse y a achicarse, cada vez más deprisa. Su respiración retumba en la caverna. El sonido denso me encierra.

Cierro mis ojos un segundo.

Y ya no estoy más allí.

Un paisaje de Zeta Retículi.

La aurora entraba y un tenue resplandor se iba abriendo paso entre las sombras famélicas. Las delgadas siluetas se iban dispersando hasta fundirse sobre el horizonte, lentamente deformadas por el acercamiento de un astro.

Su luz salpicaba la hierba, embriagada de rocío, desperezándola, con su calidez tímida y suave.

Rosas carmesí y amapolas caleidoscópicas abrían sus capullos con paciencia, lentamente, en dirección a los cielos, elevando sus dulces aromas progresivamente. Como si la naturaleza misma intentase percibir su propia belleza.

El firmamento púrpura se volvía más diáfano cada segundo, y pronto el sol y su reflejo lo dejaron limpio y fresco, tal como usualmente ocurría.

Un océano se extendía un poco más allá, y un inmenso pez de fuego irradiaba su energía refulgente desde el interior de las aguas.

Recostado sobre la hierba cerré mis ojos.

Jamás hubiese querido abandonar aquel lugar, pero solamente de contemplar caía rendido. Cansado. Al despertar, ya no despertaba allí.

No conozco el significado verdadero del concepto hogar. Donde me encuentro más a gusto es en sitios verdaderamente extraños.

Si a algo puedo darle el nombre de hogar es a mi cuerpo. Es el único aposento que permanece invariable.

Abrir los ojos de nuevo. Parece temprano en la mañana. Algo de luz se filtra por una ventana.

No conozco la habitación pero ya debo haber estado aquí unas cuantas veces. Algunas caras del exterior me resultan familiares, me observan con desconfianza pero actúo con indiferencia. Sé dónde se ubica cada lugar.

Mi hogar es mi cuerpo, y el paisaje, siempre el mismo.

Releo lo escrito. Es extraño. No todo lo narrado concuerda con mis recuerdos. Algunos pasajes me recuerdan más a un sueño que a una vivencia particular.

También releo en algunos párrafos, conjuros acerca de los cuales ahora mismo no tengo conocimiento. Es como si alguien hubiese hurgado

en mi mente y me hubiese trastocado las memorias. En algunas partes, mi letra se veía distinta incluso.

Y ahora comienzo a dudar que mis manos sean las únicas vinculadas a estas anotaciones.

La alegría se apodera de mí, en las sobras de los anillos. El oro se opaca, me parece, cada vez más rápido, ya desde antes de colocármelos. Odio cada vez que esto sucede, siento que miles de años pasaron desde la última vez y mi estómago tiembla, cruje.

La palabra Azteca para el oro es ***teocuitlatl***, que significa "excremento de los dioses".

***Nucay***, fue el término que anotó Cristóbal Colón en su Diario de Indias.

Este deseo sin cabeza me deja de rodillas.

Los necesitaba. Los necesitaba mucho.

A lo mejor desfallezca y me queden puestos, pero el temor ahora no tiene refugio en mi.

Según Glenn Pease existen 367 referencias al oro en la doctrina religiosa y de acuerdo con la Enciclopedia Estándar Internacional de la Biblia ninguna alusión a metal alguno diferente al oro se ha citado con tanta frecuencia en el Antiguo Testamento: 41 veces (21 en el libro de la Revelación. 16 de las 21 de forma favorable, y tan solo 2 negativas, y 3 de forma neutral). La primera referencia favorable al oro está en el Génesis 2:11-12, donde se menciona como un símbolo de gloria y riqueza. Y esto ha seguido siendo un patrón que ha

perdurado a lo largo de los siglos, aún hasta nuestros días.

En la Biblia aparecen varios tipos de oro: el oro pulido (zahav shahut), oro bueno (zahav tov), oro puro (zahav tahor), oro refinado (zahav m=zuqqaq) y el oro cautivo (zahav sagur).Igualmente con el término ketem, aparece el ketem tahor, ketem ophir, ketem tov, y ketem uphaz. En el Talmud aparece como Muphaz (oro normal), Shahut era el oro capaz de ser estirado, y Parvayim (oro de ese lugar). Al oro caliente que preparaban para hacer aleaciones lo denominaban siwan. En la epistola Me-Zahab, de Benjamin Mussafia, médico del rey Cristian IV de Dinamarca y publicada por primera vez en Hamburgo en 1638, en la que resume todos los tratamientos del oro biblicos.

Ahora sé, escapar es la única posibilidad. El método, no puedo imaginarlo. Está más allá de mí, desde luego. Criaturas abismales me trajeron hasta aquí, sólo acciones dignas de una bestia colosal podría liberarme de este oficio sin sentido.

¿Y la única satisfacción ganada?

Este breve lapso en que mis ondas psíquicas son sometidas al poder de los anillos.

Esta válvula de escape sólo es temporal. De ser definitiva, ignoro los peligros que podrían caer sobre mi existencia. Ya lo sé, ya lo sé… Absurdo temor a la no existencia.

Pronto Cárpora oirá mis pensamientos y, si pudiese reír en su condición lo haría, pero le bastará con su petición despectiva en gruñidos tenebrosos para demostrar la inferioridad de cualquiera de mis razonamientos.

Sin embargo, escapar es la única posibilidad. Mis temores son ridículos. De hecho, yo mismo, no existo más que como ente. Claro, tengo alguna personalidad, algunos intereses particulares, pero más allá de eso, ¿qué valor tiene cuando no existen más objetivos y metas que satisfacer a una bestia? Y claro que pienso en el suicidio, y claro que me gustaría intentarlo. Ya no me preocupa demasiado dejar de existir.

Todo este tiempo no he existido, no me preocuparía dejar de hacerlo. Ahora sé en qué consiste no existir, lo saboreo, no me ocasiona emoción alguna.

La inexistencia es algo anodino, inofensivo para el espíritu, ¿por qué habría de preocuparme dejar de existir dentro de un tiempo, en el inmediato instante posterior a mi muerte?

Peores tragedias he ejecutado.

# 7

La historia de cómo un tipo termina en una celda, cubierto de golpes y sangre, vomitando rojo y con hedor a orines sin dudas no es digna de la gente decente, la gente buena.

Uno de los mensajes de Sirio: el universo entero es energía.

Una obviedad. Sirio y yo crecimos juntos. Mejores amigos.

Otro de los mensajes de Sirio: la naturaleza del cosmos está hecha para ser admirada.

Estudiamos bellas artes juntos. Ninguno de los dos alcanzó siquiera a culminar el primer año. Conserva de aquellos días la cicatriz que se hizo al resbalarse, borracho, sobre las abandonadas vías del tren.

Ahora sonríe y la marca se ensancha en su mejilla. Pero no le da aspecto de mal tipo, claro…

Conocimos a Selene poco después de aquella caída. Menuda, simpatica, ultimo año. Preparaba una tesis sobre el Renacimiento. No me acuerdo mucho de aquel año.

Nos la presentó un primo de Sirio, diseñador gráfico, que nos hacía la onda de faso.

En retrospectiva, una competencia feroz de adolescentes. Por ese entonces empezamos a distanciarnos. Ocupaba su tiempo buscando excusas para cruzarse con Selene. Expresaba monólogos

como grandes verdades, el favorito de todos era el que iba en contra de Disney:

-Blanca Nieves no mordió ninguna manzana. Posó para la bruja. En realidad ya lo tenía todo planeado, sus fieles enanos no eran sino parte del tablero donde ella guiaba a la reina a su antojo. ¡La reina! ¡Qué idiota! ¿Cómo se le puede ocurrir que puede engañar a alguien con su horrible disfraz de bruja? ¡Ni el paja de Tontín se cree esa!

"Blanca Nieves fue, desde un principio, de tendencias psicóticas. Fue después de quedar huérfana. Desde entonces comenzó a gestar sus planeas para quedarse con la familia más acaudalada de la comarca. Lo del beso se lo copió a la Bella Durmiente.

"Lo que pasa es que Walt Disney fue un facho hijo de mil puta que nos lavó el cerebro durante generaciones para que donemos órganos a los vegetales congelados. ¡Ojalá que se esté congelando el culo en su cámara criogénica! ¡Mentiroso! Blanca Nieves ni rozó la manzana. Nunca hubo un mordisco. Blanca Nieves no se comía ninguna."

En la biblioteca, en el patio, en el salón de asambleas… En la azotea de la facultad alguna vez la encontraba. Pero Sirio ya estaba ahí. Me había ganado.

Selene soltaba una pitada al aire, señalaba el cielo…

-Mirá…

Sirio sonreía, como que la comprendía…

-Es como una moneda…

Me sentaba a un costado, me invitaban cordialmente. Espacio de tregua. El humo del consuelo.

-…desde que las nubes existen, sus formas cambiantes sedujeron la imaginación de los hombres…

No escucho el discurso de Sirio. No necesito hacerlo. Ya lo escucharé después. Largos y largos años.

En radio, en televisión. Un programa inspirado en un libro. Rompiendo las cadenas.

Prefiero evadirme observando la vida de otros. A Alan, por ejemplo. Alan no tiene manos. Saluda moviendo la cabeza o la mirada. Si está muy borracho, a lo mejor, agita el muñon.

Claro que a Alan no le interesa saludar a nadie. Todos sus congéneres permitieron la desaparición de sus manos.

En esta aldea, todo posee un fin.

Gruesas manos el herrero para los metales,

Flexibles las del cazador que llenaba las mesas de la comunidad,

Callosas las del humilde forjador de monumentos y edificios.

Pero Alan… Ligeras con la pluma, sólo eso… Que de nada servía…

El templo necesitaba un desvalido.

En esta aldea decidieron…

Alan no tiene manos. Saluda moviendo la cabeza o la mirada. Pero no saluda a nadie.

Son todos unos forros.

Sencillamente nos cagamos de risa.

-Es muy bueno esto último que escribiste.

-¿Sí?

-Es como un programa de radio, donde agrupás las canciones que más te gustan, las que te marcaron. Se requiere mucha valentía escribir una cosa así, esa catarsis.

-Gracias.

Sus manos se separaron, imprecisas, como el tiempo en que eso ocurrió. La separación siempre es dolorosa, en la conciencia una brecha innominable sin ubicuidad.

Como nacer. Abrir los ojos y gritar.

Los doctores con un niño entre las manos, actores de una obra mantenida por propia convención.

¿Te imaginás si se hubiesen equivocado?

¿Si el guión hubiese tenido un bache distinto que no pudiésemos ni pudiéramos llenar?

Milagroso es este instante en que los ojos se abren. Inexplicable ese fenómeno que viaja a través del universo: el sonido.

Todo cuanto puede explicarse o definirse puede encerrarse entre las páginas de un libro. A partir de ahora no habrá mayor maravilla que la ausencia de maravillas. Que no estés de acuerdo es algo previsible y necesario. El camino solitario precisamente porque es solitario permite vislumbrar la belleza.

Después de dictada mi condena tuve mucho tiempo para oir las ideas de Sirio. Una y otra vez.

Kozumi, decía Sirio. Kozumi esto, Kozumi aquello…

No había cambiado mucho. Usaba camisas más claras. Había culminado el tiempo de luto.

Sirio explicaba:

-…es una disciplina milenaria de origen chino…

¿de dónde sacó todo eso?

-…el movimiento de la naturaleza… como humanos somos simples espectadores…

Sirio tiene una sonrisa amable. Cuando quede afuera espero no cruzarlo. No me gustaría responderle si me pregunta qué vi en Selene aquella tarde para empujarla de la azotea.

*¡Cárpora!*

*¡Ella atraía a Cárpora!*